



El resto es silencio

SOLILOQUIO DE HAMLET (INCONSCIENTEMENTE PSICOANALÍTICO)

LEÓN COHEN

Psiquiatra, psicoanalista y actor

Profesor de psicología psicoanalítica

Escuela de Teatro Pontificia Universidad Católica de Chile.

Yo soy silencio, lo que queda, lo reprimido, más aún, lo negado, sepultado. Ni siquiera soy una calavera de comediante o de filósofo. Soy lo otro, es decir, no soy Fortinbrás. Ahora soy una voz que clama en el desierto. Nadie puede escucharme, no hay palabras para lo que soy, quizás un sueño o una locura, no más.

¿Por qué acepté el duelo? Tú lo quisiste, Padre mío. No era yo, yo no sabía si ser o no ser. Eras tú, es decir, mi devoción por ti, por lo más fuerte y hermoso, tú, incomparable, insustituible.

Fue cuando tu voz de fantasma, es decir, esa apariencia tuya que deambulaba, retumbó denunciando el fratricidio, que decidí ocultarme. Tú pusiste en mí una meta, rompiste la melancolía, me sacaste de la locura animica, me encomendaste la extirpación del desquiciamiento del reino. Desde entonces me escondí en el refugio de la irresponsabilidad política: la estupidez. La incoherencia apasionada y el humor lacerante lograron una feroz tarea: la paradoja. Más desquiciamiento para enloquecer al desquiciamiento. Más político que nunca.

¿Qué aún estoy loco?! Imposible, aquí no hay cielo, nubes ni viento. Nunca lo estuve. Podría haberlo estado y aún estaría deambulando como un fantasma carente de furia. Pero tú lo quisiste, Padre mío, como aparición o nostalgia. Tú lo mandaste. Tú agitaste la perdición de la venganza al traer la arrogancia de la verdad. ¿Por qué tenías que escogerme para poner orden en un mundo desordenado?

Sabes, Padre, todo se estaba corrompiendo.

Tú no advertiste ni enfrentaste duramente los

celos y envidia de tu hermano y te expusiste en el jardín como si reinar fuera cosa llana. No te diste cuenta de la fragilidad del amor con mi madre y no interviniste con ella para frenarla y recuperarla. Tan arrogante de tu poder y de tu hermosura que no pudiste oler el reino.

Tu propio hermano, que había logrado odiarte y apoderarse de tu reino y de tu reina, el muy estúpido, parecía que en verdad la amaba. Error, error, ese sentimiento le impidió ver el peligro que había en mí. Además tenía como consejero a un pusilánime. Finalmente, vivía con el temor de que la chusma simpatizara conmigo, torpe, todo se le complicó y trató de resolverlo con un par de caricaturas a quienes mandó eliminarme. Patético, yo los eliminé, yo, en medio de mi indecisión. Nunca me sentí mejor.

Padre: si en mí eres un fantasma con tanto poder, ¿por qué en mi madre dejaste una influencia tan tenue que ni bastó el desánimo del duelo, la vergüenza del pudor o el mero temor al rumor para detenerla y no reemplazarte antes de que las flores del funeral se marchitaran? ¿He estado engañado y el amor de mi madre no era ni siquiera respeto, más bien apariencia?

La odio por su fragilidad de mujer, basta una insinuación, una emoción, una vanidad y ya no sabe dónde está la dignidad y la belleza. Tú mismo, Padre mío, la protejes de mi odio desde tu ausencia, la justificas, como si fuera un objeto pasivo en la conjura, alguien incapaz de pensar y conspirar. Mejor sería que se hubiese ido a un convento junto con todas las mujeres. Sí, ¿cómo confiar en el amor? También Ofelia

al convento. Pobre hija de mentecato, desafortunado, rata de dormitorio.

Lo sé, Padre mío: sufro por un ideal, por no saber cómo odiarte, por no saber cómo luchar contra ti, por mi incapacidad de ser Fortinbrás. La prisión en que está el hijo del Padre glorioso puede ser eterna. ¿Cómo tener ideas propias? ¿Cómo llegar a conocer al Padre? No te conozco, no me conozco ni tampoco al mundo.

Sí, algo olía mal hacía mucho tiempo, algo que no escuchaba. ¿Será que dejar que la verdad entrara por mi oído me aterrorizaba? El veneno en el oído. La verdad te habría matado, Padre, te habría destruido en mí. Ya no más el hierático, el estatuario solemne, sólo un padre, como el de Ofelia, o un mero hombre como tu hermano. Pero me aterrorizaba. Me habría destruido a mí, Padre. Lo sabes, ¿no? Yo no sé si ser o no ser, sólo soy contigo en mí, sólo un heredero, un príncipe, un alma en pena.

¿Cómo ser? Alejarse para ser, ir al continente, fuera, como Laertes, ser yo, no otro Hamlet, no ser Hamlet, pero, ¿qué puedo ser? ¿Es necesario que todo se repita? ¿No podría vagar por los caminos hablando la palabra del poeta? Diría verdades. Ese arte de comediantes me permite ver las pistas de la verdad, las señales de la convulsión en el siervo o en el rey. Yo soy el Príncipe y no sabía cómo hablar la verdad. Es el poder estúpido que no es ni poder ni bondad. No era Fortinbrás, el que sabe lo que hace.

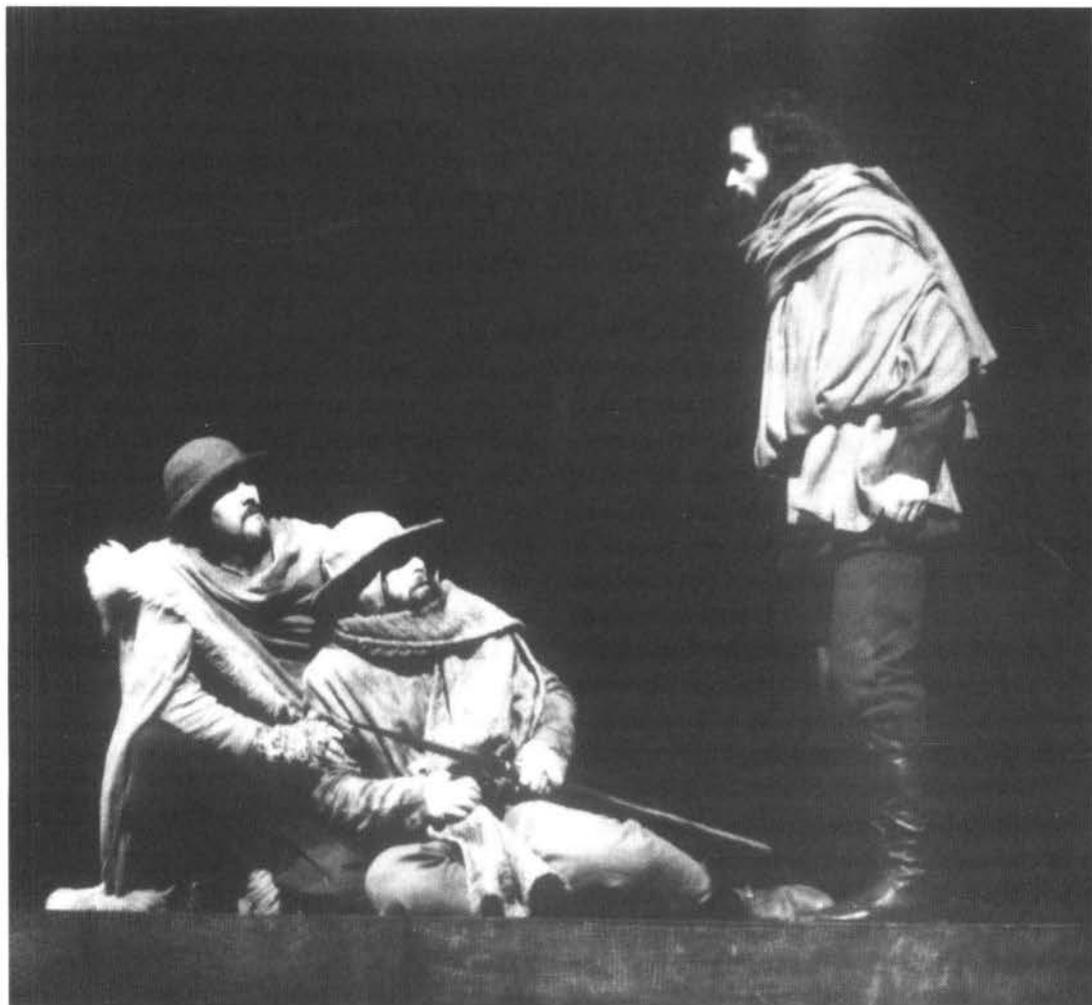
Sí, la envidia de tu hermano me mostró mi indecisión. ¿Qué hubiese pasado si todo hubiese transcurrido como en el mejor de los paraísos? ¿Qué habría hecho, esperar tu legado, escabullirme con Ofelia, contar las horas esperando a los comediantes y, en definitiva, terminar bajo la espada del astuto Fortinbrás? ¿Qué alternativa tiene un hijo sino esperar que el fantasma de un Claudio se desate en su mente para saber lo que es el motivo y el propósito, para conocer el dolor del celo y de la envidia y la furia de la venganza? La humillación de la minusvalía física, de la impotencia del niño busca una redención en la fuerza rápida y dura de la juventud, pero sufre la angustia de no saber qué es, de no saber qué hacer y qué no hacer. Entonces repite.

Sí, yo también morí por violencia estúpida mientras el reino se destruía. Ni siquiera fui una repetición. Habría frenado a Fortinbrás. Para él, todo este espectáculo era indigno del lugar del poder, el enemigo estaba fuera, para Fortinbrás, el político.

Siento vergüenza de mi patetismo. Tocado por lo que percibía al sol, giraba en la amargura, dando cuenta teatral de mi confusión, provocando como niño herido y golpeado por las realidades de la rivalidad y del amor. Sin nada de astucia, nada. La enseñanza de la calavera quedaba en el aire ¿Cuánto valen esas quejas si al final todo se reduce a una masa dura de hueso solitaria en la tierra? Esa dignidad devorada hábilmente por los gusanos.

Todo mi plan de ocultamiento, la provocación a través de la locura, todo lo arruinó mi resentimiento infantil. No era Ofelia, no era mi madre, era mi tío, él era el propósito. El niño que se escabulle en el dormitorio de la madre y aparece como si fuera el padre para quejarse y lanzar su dolor de ser desdichado, de sentirse dejado de lado, decepcionado, corroído por el desgarrar de descubrir que su madre es una mujer más que una madre devota o una esposa fiel. La furia se desata como remolino y mata a Polonio, el que controla y observa a Laertes, a Ofelia, a la Reina. Pobre Polonio, también es el niño que espía y que pretende defender a la madre del embate del padre. Fue una torpeza, no quería matarlo aunque lo despreciaba, él, que también soy yo. Lo sentí por Ofelia. Yo la amaba, pero era mujer. No entendía nada. Creyó que estaba loco por ella y luego me tendió una celada con su padre. Tampoco pudo tolerar la muerte de Polonio y al quedar sin amparo, tal como una niña, cayó en la ensoñación dolorosa y luego al río para morir. Mi madre y Ofelia, desafortunada femineidad.

Podría ser con un amigo, un amigo. Horacio. Pero cuánto vale un amigo para un Príncipe. El amigo mide su amor y lo encierra en la formalidad que dictamina la diferencia de rango. Quizás se da cuenta, pero su intervención se ve limitada. La política por sobre la verdad. Es sólo un hermano menor. Horacio, compañero de diálogos, no pudiste evitar que fuera al duelo y, al final, quedaste condenado al testimonio.



Carlos Ramírez, León Cohen y Alberto Vega en *Hamlet*. TEUC, 1979.

La venganza, la verdadera venganza, eso es. Pirro. Caer sobre sus vísceras y destruirlas. Es cierto, a través del arte incendié su crimen y el envidioso se ahogó al sentirse descubierto por el drama. Ellos, los comediantes, con el arte de mover sus músculos e inducir emociones, lograban penetrar la espada y removerla en el interior de la bestia, sin ni siquiera saberlo. Yo, que destilo el odio, sin embargo, sólo espero. ¿Cuál es mi plan, cuál, cuál...? ¿Cuál es mi astucia? Sólo gritos, dolores y amenazas, más cercano a la confusión de mi madre que a la firmeza de mi padre.

El ser ahogado, el ser paralítico, el ser de puros sueños, sin acción, que teme incluso ser para la muerte, ese ser que teme al exterior y que se pasea por los corredores, el ser que teme penetrar, el ser púber que duda y cavila y va de la ensoñación de la venganza más feroz a la melancolía, sin ni siquiera poder descansar en la neutralidad de la locura, ese ser que se escapa continuamente, no será.

No seré. Caeré penetrado por la espada envenenada del propio Padre maligno, el mismo que susurraba la palabra envenenada a mi Padre ideal. No seré, ni silencio seré, ahora sólo Fortinbrás hablará. ■